

HISTORIA DEL ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO (1777)

VOLTAIRE

(Traducción del Francés por Jaime Gómez Cadavid)

El presente ensayo de Voltaire nos presenta los orígenes del cristianismo y su posterior orientación hacia una religión de Estado, así como la adopción de algunos de sus principios. Pero, sobre todo, nos invita a la tolerancia.

Nota de Beuchot:

Esta obra, compuesta por Voltaire en 1776, fue publicada por vez primera en las ediciones de Khel, en donde se la fecha en 1777, la cual le he dejado. Voltaire quería hacerla pasar como si fuera de un autor inglés, en efecto en el capítulo XII, dice nuestro Dodwell y nuestro rey Jacobo en el capítulo XIII; nuestro rey Carlos I en el capítulo XXV, nuestros papistas de Irlanda (B.).

CAPÍTULO I

QUE LOS JUDÍOS Y SUS LIBROS FUERON DURANTE MUCHO TIEMPO IGNORADOS POR LOS OTROS PUEBLOS

Espesas tinieblas envolverán siempre la cuna del cristianismo. Así puede juzgarse por las ocho opiniones principales que dividieron a los sabios sobre la época del nacimiento de Jesús o Josuah o Jeschu, hijo de María o Mirja, reconocido como el fundador o la causa ocasional de esta religión, aunque él jamás hubiera pensado crear una nueva religión. Los cristianos pasaron casi seiscientos cincuenta años antes de imaginar fechar los sucesos del nacimiento de Jesús. Se le debe a un monje scyta, llamado Dionysios (Denis el pequeño), trasladado a Roma, quien propuso esta era bajo el reino del emperador Justiniano; pero ella no fue adoptada sino cien años después de él. Su cálculo sobre la fecha del nacimiento de Jesús estaba aún más errado que las ocho opiniones de los otros cristianos. Mas, en fin, este cálculo, con todo lo falso que es, prevaleció. Un error es el fundamento de todos nuestros almanaques.

El embrión de la religión cristiana, formado entre los judíos bajo el imperio de Tiberio, fue ignorado por los romanos durante más de dos siglos. Ellos supieron confusamente que hubo una secta llamada galilea, o pobre, o cristiana, pero es todo lo que sabían, y de lo cual ni Tácito ni Suetonio tenían verdaderamente conocimiento. Tácito habla de los judíos al azar, y Suetonio se contenta con decir que el

emperador Claudio reprimió a los judíos que hacían disturbios en Roma, instigados por un llamado Cristo o Chrest: *Judeos impulsore Chresto assidue tumultuantes repressit*^[1]. Esto no es sorprendente. Había ocho mil judíos en Roma que tenían derecho de sinagoga y que recibían de los emperadores las liberalidades de los permisos del trigo sin que nadie se dignara informarse de los dogmas de este pueblo. Los nombres de Jacob, de Abraham, de Noé, de Adán y de Eva eran tan desconocidos del senado como el de Manco-Cápac lo era de Carlos V antes de la conquista del Perú.

Ningún nombre de estos que llamamos patriarcas había llegado a algún autor griego. Este Adán, que es considerado hoy en Europa como el padre del género humano por los cristianos y por los musulmanes, estuvo ignorado siempre por el género humano hasta los tiempos de Diocleciano y de Constantino.

Se sitúa la guerra de Troya mil doscientos años antes de nuestra era, siguiendo la cronología de los famosos mármoles de Paros. Situamos de ordinario la aventura del judío Jephthé en ese mismo tiempo. El pequeño pueblo hebreo no tenía aún ciudad capital. La ciudad de Shéba apareció cuarenta años después, y es esta ciudad de Shéba, vecina del gran desierto de la Arabia Pétreá, la que se llamó Hershalaïm, y luego Jerusalén, para suavizar la dureza de pronunciación.

Antes de que los judíos tuviesen esta fortaleza, hacía ya una multitud de siglos que los grandes pueblos de Egipto, de Siria, de Caldea, de Persia, de Scythia, de la India, de la China y del Japón se habían establecido. El pueblo judío no los conocía y solo tenía imperfectas nociones de Egipto y de Caldea. Separado de Egipto, de Caldea y de Siria por un desierto inhabitable, sin ningún comercio organizado con Tyro, aislado en el pequeño territorio de Palestina, ancho de quince leguas y largo de cuarenta y cinco, como lo afirma san Jerónimo, él no se entregaba a ninguna ciencia y

no cultivaba casi ningún arte. Pasó más de seiscientos años sin ningún comercio con los otros pueblos, ni siquiera con sus vecinos de Egipto o de Fenicia. Esto es tan cierto que Flavio Josefo, su historiador, conviene formalmente, en su respuesta a Apión de Alejandría, respuesta dada bajo Tito a Apión, que murió en tiempos de Nerón.

Estas son las palabras de Flavio Josefo en el capítulo IV:

El país que nosotros habitamos estando alejado del mar, no nos dedicamos al comercio y no tenemos comunicación con los otros pueblos; nos contentamos con fertilizar nuestras tierras y dar una buena educación a nuestros hijos. Tales razones, agregadas a lo que ya dije, muestran que no teníamos ninguna comunicación con los griegos, ni con los egipcios, ni con los palestinos, etc.

No examinaremos aquí en qué época empezaron los judíos a ejercer el comercio, la correduría y la usura, ni qué restricción debe darse a las palabras de Flavio Josefo. Limitémonos a hacer ver que los judíos, tan sumergidos como estaban en una atroz superstición, siempre ignoraron el dogma de la inmortalidad del alma, acogida desde hacía tiempo por todas las naciones por las cuales estaban rodeados. No buscamos hacer su historia: se trata solo de mostrar su ignorancia.

CAPÍTULO II

QUE LOS JUDÍOS IGNORARON DURANTE LARGO TIEMPO EL DOGMA DE LA INMORTALIDAD DEL ALMA

Es mucho que los hombres hayan podido imaginar por el solo recurso del razonamiento que tuvieran un alma: pues los niños no lo piensan nunca por ellos mismos; solamente se ocupan de sus sentidos y los hombres debieron ser niños durante bastantes siglos. Ninguna nación salvaje conoció la existencia del alma. El primer paso en la filosofía de los pueblos un poco civilizados fue reconocer un no sé qué que dirigía a los hombres, a los animales, a los vegetales, y que presidía sus vidas: ese no sé qué lo llamaron con un nombre vago e indeterminado que equivale a nuestro término de alma. Este nombre no correspondió en ningún pueblo a una idea específica. Fue, lo es todavía y será siempre, una facultad, un poder secreto, una fuerza, un germen desconocido por el cual vivimos, pensamos, sentimos; por el cual los animales viven, y que hace crecer flores y frutas: de ahí las almas vegetativas, sensitivas, intelectuales, con las cuales tanto nos han aturrido. El último paso fue concluir que nuestra alma subsiste después de nuestra muerte y que recibe en otra vida la recompensa por sus buenas acciones o el castigo por sus crímenes. Este sentimiento estaba establecido en India con la metempsychosis hace más de cinco mil años. La inmortalidad de esta facultad que se llama alma existía entre los antiguos persas y en-

tre los antiguos caldeos: era el fundamento de la religión egipcia, y los griegos adoptaron pronto esta teología. Se suponía que estas almas eran pequeñas figuras livianas y aéreas parecidas perfectamente a nuestros cuerpos. Se las designaba en todas las lenguas conocidas con nombres que significaban sombras, manes, genios, demonios, espectros, lares, larvas, duendes, espíritus, etc.

Los brahmanes fueron los primeros en imaginar un mundo, un planeta, en donde Dios aprisionó a los ángeles rebeldes, antes de la formación del hombre. Es la más antigua de todas las teologías.

Los persas tenían un infierno: se lo ve por la fábula tan conocida que es contada en el libro de la religión de los antiguos persas de nuestro sabio Hyde^[2]. Dios se le aparece a uno de los primeros reyes de Persia, lo lleva al infierno; le muestra los cuerpos de todos los príncipes que han gobernado mal: ahí se encuentra uno al cual le falta un pie^[3].

«¿Qué habéis hecho de su pie? Pregunta el persa a Dios.

—Este pícaro, responde Dios, solo hizo una buena acción en su vida; encontró un asno amarrado a un comedero, pero tan alejado de él que no se lo podía comer. El rey se apiadó del asno, dio un puntapié al comedero y se lo acercó; el asno pudo comer. Yo me llevé el pie para el cielo y el resto de su cuerpo para el infierno».

Se conoce el Tártaro de los egipcios, imitado por los griegos y adoptado por los romanos. ¿Quién sabe cuántos dioses e hijos de dioses estos griegos y estos romanos forjaron después de Baco, Perseo, Hércules, y cómo llenaron el infierno con Ixios y Tántalos?

Los judíos nada conocieron de esta teología. Tuvieron la propia, que se limitó a prometer trigo, vino y aceite a quienes obedecieran al Señor degollando a todos los enemigos

de Israel y a amenazar con la roña y con úlceras en lo grueso de las piernas y en las posaderas a todos los que le desobedecieran^[4]; pero en cuanto a almas, castigos en los infiernos, recompensas en el cielo, inmortalidad, resurrección, no se dice una palabra en sus leyes, ni en los escritos de los profetas.

Algunos escritores, más fervorosos que instruidos han pretendido que si el Levítico y el Deuteronomio jamás hablan de la inmortalidad del alma ni de las recompensas o castigos después de la muerte, hay sin embargo pasajes en otros libros del canon judío que podrían hacer suponer que algunos de los judíos conocían la inmortalidad del alma. Ellos aducen y desfiguran este versículo del libro de Job: «Yo creo que mi protector vive y que dentro de unos días me levantará de la tierra: que mi carne vuelta jirones se consolidará. Temblad pues, temed la venganza de mi espada».

Ellos han imaginado que estas palabras: «Yo me levantaré» significarían «Yo resucitaré después de la muerte». ¿Pero, entonces, cómo es posible que aquellos a quienes Job responde tengan miedo de su espada? ¿Qué relación entre la sarna de Job y la inmortalidad del alma?

Uno de los mayores descuidos de los comentaristas es no haber pensado que este Job no era en absoluto judío sino que era árabe, y que no hay ni una palabra en este antiguo drama de Job que tenga alguna conexión con la nación judía.

Otros, abusando de innumerables errores de la traducción latina llamada *Vulgata*, encuentran la inmortalidad del alma y el infierno de los griegos en las palabras que profiere Jacob^[5] al deplorar la pérdida de su hijo José, que los patriarcas, sus hermanos, habían vendido como esclavo a mercaderes árabes, e hicieron pasar por muerto: Yo moriré de dolor, yo descenderé con mi hijo en la fosa. La *Vulgata* traduce sheol, la fosa, como la palabra infierno, porque la fosa significa subterráneo. Mas qué necedad suponer que

Jacob haya dicho: «Yo bajaré al infierno, yo seré condenado, porque mis hijos me han dicho que mi hijo José fue devorado por bestias salvajes». De esta forma se han corrompido casi todos los libros con equívocos absurdos. Y así, se han servido de estos equívocos para engañar a la gente.

Ciertamente, el crimen de los hijos de Jacob y el dolor de su padre nada tienen de común con la inmortalidad del alma. Todos los teólogos sensatos, todos los buenos críticos en ello están de acuerdo; todos confiesan que la otra vida y el infierno fueron desconocidos de los judíos hasta los tiempos de Herodes. El doctor Arnaud, famoso teólogo de París, dice con palabras claras, en su apología de Port-Royal: «Es el colmo de la ignorancia poner en duda tal verdad, que es de las más comunes, y que es atestiguada por todos los padres, que las promesas del Antiguo Testamento eran solamente temporales y terrenales y que los judíos solamente adoraban a Dios por los bienes terrenales». Nuestro sabio Middleton^[6] demostró patentemente esta verdad.

Se puede agregar además, que la religión de los judíos no se volvió fija y constante sino después de Esdras. Ellos solamente habían adorado a los dioses extranjeros y a las estrellas, cuando vagaban en los desiertos, si se cree a Ezequiel, a Amós y a san Esteban^[7]. La tribu de Dan adoró durante mucho tiempo los ídolos de Michas^[8]; y un nieto de Moisés, llamado Eleazar, era el sacerdote de esos ídolos pagado por toda la tribu.

Salomón fue públicamente idólatra. Los melchims o reyes de Israel adoraron casi todos al dios siriano Baal. Los nuevos samaritanos, del tiempo del rey de Babilonia, optaron por sus dioses Sochothbenoth, Nergel, Adramelech, etc.

En las infortunadas reglas de la tribu de Judá, Ezequías, Manasés, Sosías, se dice que los judíos adoraban a Baal y a Moloch, que sacrificaban sus hijos en el valle de Topheth. Al fin se encontró el Pentateuco del tiempo del melk o re-

yecillo Josías; mas pronto después fue destruida Jerusalén, y las tribus de Judá y de Benjamín fueron esclavizadas en las provincias babilónicas.

Probablemente allí muchos judíos se volvieron comisio-nistas y prenderos: hicieron de la necesidad su industria. Algunos adquirieron suficiente riqueza como para comprar al rey que llamamos Ciro el permiso de reconstruir en Jerusa-lén un pequeño templo de madera sobre bases de piedra y levantar algunos pedazos de muralla. Se dice, en el libro de Esdras, que volvieron a Jerusalén cuarenta y dos mil tres-cientas personas, todas muy pobres. Él los cuenta familia por familia, mas se equivoca en su cálculo, al punto que adicionando el total no da sino veinte nueve mil novecien-tas dieciocho personas. Otro error de cálculo subsiste en el conteo de Nehemías; y un yerro más grande aún en el edic-to de Ciro, que trae Esdras. Hace hablar de esta manera al conquistador Ciro: «Adonái el Dios del cielo me ha dado todos los reinos de la tierra y me ha encomendado cons-truir un templo en Jerusalén, que está en Judea». Se ha no-tado bien que es como si un sacerdote hiciera decir al Gran Turco: San Pedro y san Pablo me dieron los reinos del mun-do y me encomendaron construirles una casa en Atenas, que está en Grecia.

Si se cree a Esdras, Ciro, por el mismo edicto, ordenó que los pobres que habían llegado a Jerusalén fuesen so-corridos por los ricos que no habían deseado salir de Cal-dea, en donde bien se hallaban, por un territorio pedregoso, en donde todo faltaba y en donde ni había siquiera agua para beber durante seis meses del año. Pero, sean ricos, sean pobres, consta que ningún judío de aquel tiempo nos haya dejado la más liviana noción sobre la inmortalidad del alma.

CAPÍTULO III

CÓMO EL PLATONISMO PENETRÓ ENTRE LOS JUDÍOS

Entretanto, Sócrates y Platón enseñaron en Atenas este dogma que conocían por la filosofía egipcia y por la de Pitágoras. Sócrates, mártir de la Divinidad y de la razón, fue condenado a muerte, alrededor de trescientos años antes de nuestra era, por el pueblo precipitado, inconstante e impetuoso de Atenas que se arrepintió pronto de su crimen. Platón era joven aún. Fue él el primero entre los griegos que trató de probar con razonamientos metafísicos la existencia del alma y su espiritualidad, es decir su naturaleza etérea y liviana, libre de materia burda; su permanencia después de la muerte del cuerpo, sus recompensas y sus castigos después de tal muerte; y hasta su resurrección con un cuerpo caído en podredumbre. Él convirtió esta filosofía en sistema en su Fedón, en su Timeo y en su República imaginaria; adornó sus argumentos con una elocuencia armoniosa y con imágenes atractivas.

Es verdad que sus argumentos no son la cosa más clara del mundo ni la más convincente. Prueba de una manera extraña, en su Fedón, la inmortalidad del alma, de quien supone su existencia sin jamás examinar si lo que llamamos alma es una facultad dada por Dios a la especie animal, o si es un ser diferente del animal mismo. Estas son sus palabras:

¿No se dice que la muerte es contraria a la vida? — Sí. ¿Y que la una nace de la otra? — Sí. ¿Qué es pues lo que nace de lo vivo? — Lo muerto. ¿Y qué nace de lo muerto?... Hay que reconocer que es lo vivo: ¿Es pues de los muertos que nacen todas las cosas vivas? — Eso me parece. ¿Por lo consiguiente, las almas van a los infiernos después de nuestra muerte? — La consecuencia es segura.

Es este absurdo galimatías de Platón (puesto que hay que llamar las cosas por su nombre) el que sedujo a Grecia. Es verdad que estos ridículos razonamientos, que no tienen ni la débil ventaja de ser sofismas, están a veces embellecidos por imágenes todas poéticas; pero la imaginación no es la razón. No es suficiente representar a Dios organizando la materia eterna por su logos, por su verbo; no es suficiente hacer salir de sus manos los semidioses compuestos por una materia suelta y darles el poder de formar los hombres de una materia espesa; no es suficiente admitir en el gran Dios una especie de trinidad compuesta de Dios, de su verbo y del mundo; él llevó su cuento hasta decir que otrora las almas humanas tenían alas, que los cuerpos de los hombres habían tenido dobles. En fin, en las últimas páginas de la República, él hace resucitar a Heres para contar las noticias del otro mundo; pero había que dar algunas pruebas de todo eso, y es lo que él no hizo.

Aristóteles fue incomparablemente más sabio y dudó de lo que no estaba probado. Si él dio reglas para el razonamiento, que ahora se tienen por muy escolásticas, era que él no tenía por auditores ni por lectores a un Montaigne, a un Carón, a un Bacon, a un Hobbes, Locke, Shaftesbury, Bolingbroke, y los buenos filósofos de nuestros días. Había que demostrar, por un método seguro, los falsos sofismas de Platón, quien suponía siempre lo que había que probar. Era necesario enseñar a confundir a la gente que decía fríamente: «Lo vivo viene de lo muerto: luego las al-

mas están en los infiernos». Sin embargo, el estilo de Platón prevaleció, aunque tal estilo de prosa poética no conviene en lo absoluto a la filosofía. En vano, Demócrito y luego Epicuro combatieron los sistemas de Platón: lo que había más sublime en su cuento del alma fue aplaudido casi generalmente; y cuando Alejandría fue construida, los griegos que vinieron a habitarla eran todos platónicos.

Los judíos, súbditos de Alejandro, como lo habían sido de los reyes de Persia, obtuvieron de este conquistador el permiso de establecerse en la nueva ciudad de la cual él puso los cimientos, y de ejercer su oficio de comisionistas al cual se habían acostumbrado desde su esclavitud en el reino de Babilonia. Hubo una migración de judíos hacia Egipto, bajo la dinastía de los Tolomeos, tan numerosa como la que había sucedido hacia Babilonia. Ellos construyeron algunos templos en el Delta, uno, entre otros, llamado Onion, en la ciudad de Heliópolis, a pesar de la superstición de sus padres, que estaban persuadidos que el Dios de los judíos no podía ser adorado sino en Jerusalén.

Entonces, el sistema de Platón, que los Alejandrinos adoptaron, fue recibido ávidamente por muchos judíos egipcios, quienes lo comunicaron a los judíos de Palestina.

CAPÍTULO IV

SECTAS DE LOS JUDÍOS

Durante la extensa paz de la que gozaron los judíos bajo el árabe idumeo Herodes, hecho rey por Antonio, y luego por Augusto, algunos judíos de Jerusalén empezaron a razonar a su manera, a disputar, a dividirse en sectas. El famoso rabino Hillel, precursor de Gamaliel, de quien san Pablo fue durante cierto tiempo su criado, fue el autor de la secta de los fariseos, es decir, de los distinguidos. Esta secta abrazaba todos los dogmas de Platón: alma, figura liviana encerrada en un cuerpo; alma inmortal con su buen o mal demonio; alma castigada en un infierno o recompensada en una especie de Elíseo; alma transmigrante, alma resucitante.

Los saduceos no creían en nada de todo esto: ellos se conformaban a la ley mosaica, que nada nunca dijo. Lo que puede parecer muy singular a los cristianos intolerantes de nuestros días, si es aún el caso, es que no se vea que los fariseos y los saduceos, difiriendo esencialmente, no hayan tenido entre ellos la más mínima querella. Estas dos sectas rivales vivían en paz, y participaban por igual en los honores de la sinagoga.

Los esenios eran religiosos que en su mayor parte no se casaban y que vivían en comunidad; jamás hacían sacrificios de sangre; rehuían no sólo los honores de la república sino también el trato peligroso con otros hombres. A estos llama Plinio el Viejo una nación eterna en la cual nadie nace.